

za á que Suecia accedió, fué defensiva en los términos y ofensiva en el fondo (1).

La triple alianza no fué más que un gérmen de coalicion. Fué extremadamente reservada en las medidas que adoptó para contener las conquistas de Luis XIV. Conociendo las pretensiones del rey de Francia, se obligó á hacer que la España las aceptase. Solamente en el caso en que el rey de Francia quisiese proseguir sus invasiones, debian armarse los aliados para combatirle. Los aliados concedian, pues, á Luis XIV lo que deseaba. Sin embargo, habia una amenaza en su liga; le imponian lo que queria. Si el jóven conquistador se detuvo ante aquella amenaza, no fué ni por amor á la paz, ni por temor de ver la Europa coaligada contra él. Acababa de celebrar con el emperador un tratado de reparto de la monarquía española, que le asignaba la totalidad de los Países Bajos. ¿Por qué se habia de obstinar en conquistar algunos retazos de un país que le habia de tocar por completo en el reparto?

§ III. — La primera coalicion.

I.

Apénas Luis XIV habia firmado la paz de Aix-la-Chapelle, pensó en invadir la Holanda para castigarla por haber formado la triple alianza. Si la Suecia y la Inglaterra hubieran tenido el sentimiento del deber, si hubieran comprendido nada más que sus verdaderos intereses, hubieran debido, sin vacilar, abrazar el partido de su aliado contra la más injustificable de las agresiones. Era una obligacion que les imponia, si no la letra, al ménos el espíritu del tratado. Pero en lugar de seguir unidos á los estados generales, la Suecia y la Inglaterra se hicieron cómplices de las piraterías de Luis XIV. No hay prueba más evidente de la ineficacia de la política que se ha designado con el pomposo nombre de sistema del equilibrio. ¿Qué fué de aquellas máximas sobre el peligro de una monarquía universal y sobre la necesidad de unirse

(1) MIGNET, *Negociaciones*, t. II, p. 513, 516, 547, 554.

contra el enemigo comun? Cedieron ante un interes de dinero. Diríase que la Suecia y la Inglaterra no se habian unido un momento contra Luis XIV más que para vender más cara su desercion.

Nada más interesante que las negociaciones de Luis XIV con la Suecia. La aristocracia sueca no se olvidó de invocar las máximas del equilibrio: «Era necesario contraer con la casa de Austria y contra la Francia los mismos compromisos que en otro tiempo se habian contraido con la Francia contra la casa de Austria, porque habiéndose originado estas alianzas por los vastos proyectos de la última, era necesario, para equilibrar ambas potencias, volverlas contra la Francia, hoy que no parecen menores sus planes y sus fuerzas.» No hubiese dicho más Temple. Pero el Senado de Suecia tenía ademas otra razon para seguir fiel á la alianza holandesa; el gran canciller lo confesó con toda ingenuidad al embajador de Francia; la triple alianza pagaba á la Suecia un subsidio de 500.000 escudos; la Francia no le ofrecia más que 300.000, lo cual daba una diferencia exacta de 200.000 escudos. El argumento era irresistible. Con esto sabía Luis XIV el precio exacto de la alianza sueca, no faltaba más que discutir la cifra. Una circunstancia vino en apoyo del rey de Francia. La España tenía que pagar el subsidio estipulado por la triple alianza, y los españoles eran malos pagadores. Este era un paso hácia la alianza francesa.

Cuando llegó el momento de fijar la cifra de los subsidios hubo sus dificultades. Por más rico que fuese, Luis XIV sabía regatear, y con razon; ¡tenía que pagar á tantos príncipes! El Senado desplegó un arte infinito en ocultar su codicia bajo las apariencias de un celo desinteresado por la grandeza del jóven rey; encargó al embajador frances que hiciese presente á su soberano «el deseo de la Suecia de unirse á sus intereses más fuertemente que nunca, aunque en una ocasion en que no tenía por sí cuestion alguna, y que solamente la imposibilidad de sostener la defensa de semejante compromiso la obligaba á pedirle los medios necesarios.» No hemos llegado al final de esta escena de comedia. Los Holandeses tenían mucho más interes que Luis XIV en arrastrar á la Suecia á su alianza; tambien ellos ofrecieron dinero. Tenemos, pues, á la Suecia en subasta. ¿Quién triunfará, el rey de Francia ó los ricos

comerciantes de Amsterdam? Los nobles suecos se decidieron por Luis XIV, porque pagaba con admirable regularidad. Celebróse el tratado.

En el tratado público no se trata más que de la garantía de la paz de Westfalia. En el tratado secreto se encuentran las condiciones de la venta. Luis XIV paga 400.000 escudos antes de la guerra y 600.000 despues del principio de las hostilidades; el rey de Suecia promete oponerse con las armas á los príncipes alemanes que quisiesen socorrer á las Provincias-Unidas (1). Entre tanto la Europa entera acabó por levantarse contra el rey de Francia. ¿Cómo impedir que la Suecia tomase parte en la coalicion? Luis XIV tenía un medio seguro de mantenerla á su favor, mientras su tesoro lo consintiese. Aumentó el subsidio en 400.000 escudos, «dejando á su embajador el cuidado de juzgar si sería mejor no anunciar más que la mitad de este aumento y emplear la otra mitad en ganar á los personajes á propósito para conseguir su objeto.» Estos medios de corrupcion se llamaban *gratificaciones*. En la correspondencia del marqués de Feuquieres pueden leerse los detalles de aquel tráfico de conciencias; esto irrita: «Los más encumbrados, dice, eran los que ménos dificultades presentaban» (2).

Cárlos II se parecia á los nobles de Suecia, mendigaba y recibia sin reparo alguno. Necesitaba dinero para sus queridas, lo necesitaba para sus cortesanos, y el Parlamento lo negaba todo á un rey que parece que se complacia en arrostrar los sentimientos de la nacion. A la avaricia del Parlamento oponia Luis XIV su generosidad. Aquel mismo duque de Buckingham, que tan grandes máximas profesaba acerca del equilibrio, se encargó de negociar el vergonzoso tratado por el cual su señor se vendió á la Francia. Cuando el rey sacrificaba su honor á sus sucios placeres, ¿por qué no habia de ayudar el ministro á celebrar los contratos que eran el único medio de conservar su favor? Sin embargo, necesitaba un pretexto honrado para cubrir su infamia. Se declaró en el acta de la alianza que el rey de Inglaterra, convencido de la verdad de la

(1) MIGNET, *Negociaciones*, t. III, p. 295, 344, 325, 350 y sig. 364.

(2) IDEM, *ibid.*, t. IV, p. 337.—*Cartas de FEUQUIERES*, t. III, p. 211, 213.

religion católica, y resuelto á declararse católico, creia que para facilitar la realizacion de su propósito, podia serle necesario el auxilio del rey cristianísimo. Por consiguiente, Luis XIV se obligó á dar á Cárlos II, ántes de dicha declaracion, la suma de 200.000 libras esterlinas (1). ¿Era serio el proyecto de hacer católica á la Inglaterra? Esto probaria que, cuando se trata de religion, los católicos no conocen conciencia ni patria. Pero nos cuesta trabajo creer que Cárlos II pensára en una revolucion en la Iglesia que podia costarle la corona y la vida; era un espíritu demasiado fútil y poco dispuesto á sacrificar sus comodidades y sus desórdenes, para meterse en aventuras ni aun por la causa de Dios. En su hermano, el duque de York, la devocion ahogaba hasta el buen sentido; Cárlos II, más prudente, cuidó bien de no declararse católico; entretuvo al rey cristianísimo con este proyecto, para sacarle libras esterlinas que empleaba en asuntos que no tenían nada de conversiones.

El emperador se veia cogido entre la Francia y la España. Habia celebrado con Luis XIV un tratado eventual de reparticion de la monarquía española. Cómplice de Luis XIV, le era difícil entrar en una liga contra él. Pero escuchaba tambien las quejas y lamentos de la córte de Madrid, y se veia solicitado por los estados generales y por el elector de Brandeburgo. ¿A qué influencia cedió? Al interes personal. Tambien Leopoldo tenía necesidad de dinero para contener á la Hungría, siempre descontenta. ¡Se humilló hasta solicitar de Luis XIV un subsidio! Por otra parte, para dejar satisfechos á España y á las Provincias Unidas, aparentó negociar una alianza con los estados generales. El nombre del negociador no podia ser más significativo; era el baron de Isola, que habia tratado de levantar la Europa contra Luis XIV cuando el jóven rey invadió la Bélgica en nombre de los derechos de la reina. Pero todo aquello era una comedia. A las quejas de la Francia el príncipe Lobkwitz respondió «que Isola no era más que un muñeco para diversion de los Españoles, y que él, por su parte, tendria mucho gusto de ver en Holanda un buen ejército frances.» El príncipe procuró dar aire de grandeza á aquella baja perfidia:

(1) MIGNET, *Negociaciones*, t. III, p. 26, 118.

« ¿No eran los comerciantes de Holanda súbditos rebeldes contra la causa de Austria? Pues Luis XIV vengaba al emperador. Deseó que tuviese buen éxito, y prometió dejarle completa libertad de acción.» Sin embargo, bien pronto el éxito pareció excesivo á la corte de Viena; el emperador se encontró más vengado de lo que deseaba. Decía que era preciso tomar precauciones contra el engrandecimiento del rey cristianísimo, que se hacía demasiado poderoso por todos conceptos; que, sin querer ser el primero en causarle perjuicio, debía contribuir á contener aquel gran torrente de buena fortuna.» Pero esto no era más que una vejeidad de energía. El emperador acabó por prometer su neutralidad en la más injusta de las guerras (1).

Mientras el emperador se declaraba neutral, los príncipes del imperio se ponían á sueldo de Luis XIV. Los unos le dieron soldados, los otros le concedieron el derecho exclusivo de reclutar tropas en sus Estados. Los hubo que empeñaron al rey de Francia sus votos para la corona imperial. Luis XIV era el señor de la Alemania. ¿Cómo había ganado á todos los príncipes, grandes y pequeños? Les pagaba grandes subsidios y les hacía esperar participación en el botín. La caída de la república era inevitable, decía el príncipe de Fürstenberg, el negociador del rey de Francia; era preciso arreglarse de manera que se sacase partido de este acontecimiento. Lionne usaba el mismo lenguaje; según él, el rey no quería nada para sí y cedería á sus aliados todas sus conquistas (2).

En medio de aquella turba de príncipes que se vendían á porfía al joven conquistador, consuela encontrar uno que se resiste á sus solicitudes y promesas. Federico II hace un magnífico elogio del gran elector: «Tuvo el alma bastante grande, dice, para celebrar una alianza con la república, cuando toda la Europa esperaba verla sumergida en las olas sobre las cuales había reinado con un imperio tan absoluto» (3). Hay algo cierto en estas palabras, pero el cuadro tiene también sus sombras. En el siglo XVII apenas

(1) MIGNET, *Negociaciones*, t. III, p. 368, 465, 502 y sig., 512, 551.

(2) MARTIN, *Historia de Francia*, t. XIII, p. 359, 361.—PUFFENDORF, *de rebus gestis Frederici Wilhelmi*, XI, 1, 9.

(3) FEDERICO II, *Memorias de Brandeburgo*. (Obras, t. I, p. 67.)

había patriotismo alemán, y aún no sabemos si le hay hoy en los príncipes. El egoísmo innato en ellos los ciega hasta en lo relativo á sus intereses, y lo pequeño de estos intereses empujé los espíritus. De aquí una política miserable que se guía por las ventajas materiales, palpables. El gran elector no estuvo al abrigo de estas malas influencias. En la correspondencia diplomática de Luis XIV encontramos una prueba demasiado curiosa para pasarla en silencio.

El ministro de Federico Guillermo hizo un día al embajador de Luis XIV esta singular confianza: «que el elector se creía olvidado por el rey cristianísimo, porque S. M. no le había dado nunca la menor prueba de estimación, á pesar de haberle prometido grandes gratificaciones y de que, por decirlo así, se hubiera contentado con una espada.» Lionne respondió: «Yo no sé si el elector no considera como dado á él lo que se ha dado ha su señora esposa. No hace todavía dos años envió S. M. á la difunta electora un regalo, el más bello tal vez que haya hecho un rey á una princesa. Consistía en un hilo de perlas comprado por 10.000 escudos, y en todo el mobiliario completo de un salón, que valía 100.000 francos.» El ministro añadió, que si el elector no había recibido gratificaciones, era porque siempre se le había visto empeñado en intereses contrarios á los de Su Majestad (1). ¡Hé aquí las pequeñas miserias de las pequeñas cortes de Alemania! Lo que habla en favor del gran elector es que rehusó las ofertas que le hizo Luis XIV en el momento en que iba á sojuzgar las Provincias Unidas. Pero ¿es seguro que el elector se dejó guiar por el interés general de la Europa, como lo suponen algo gratuitamente sus admiradores alemanes? (2). Es más probable que temía ver la ruina de un Estado protestante; su resolución fué debida más á su fe que á su patriotismo. Lo que está fuera de duda es que hacía poco caso del imperio cuando mediaba su propio interés.

(1) MIGNET, *Negociaciones*, t. II, p. 303.

(2) STENZEL, *Geschichte des preussischen Staats*, t. II, p. 307 y sig.

II.

Luis XIV consiguió engañar á la Europa entera y hacerla cómplice de sus proyectos de venganza y de engrandecimiento. Todos los príncipes, grandes y pequeños, le prometieron, unos su concurso, otros su neutralidad, y todos estaban ganados, ya por medio de subsidios, ya por la esperanza de repartirse el botín de las Provincias-Unidas. Si Luis XIV hubiera sido un verdadero conquistador, la república estaba perdida; perdida estaba también si Luis XIV hubiera tenido la moderación de un vencedor generoso. Pero sus fáciles triunfos no hicieron más que fomentar su desmesurado orgullo. En su altivez y orgullo, se portaba ya como si fuese dueño del mundo. Sus victorias excitaron la envidia de la Inglaterra, y los clamores del pueblo impusieron al rey su conducta. Este fué el gérmen de una coalición general.

Cárlos II había arrostrado la opinión pública uniéndose con el rey de Francia contra las Provincias-Unidas. Los pueblos no son tan fáciles de seducir como los príncipes. Se comprendió intuitivamente en Inglaterra que la alianza de los Estuardos con Luis XIV iba dirigida contra el protestantismo y la libertad inglesa, no ménos que contra la república. Los rápidos triunfos de los ejércitos franceses difundieron la alarma y despertaron la antigua rivalidad de la nación contra la Francia. Cárlos II confesó al embajador de Luis XIV «que le costaba mucho trabajo resistir á los violentos deseos de todo su pueblo, que manifestaba suma envidia del gran poder del rey cristianísimo por tierra y por mar» (1). El Parlamento, eco fiel de los sentimientos populares, se quejaba en alta voz de la ambición del rey de Francia; le acusaba «de aspirar sin rodeos á la monarquía de la Europa.» Dirigió al rey representaciones y más representaciones para hacerle ver que «su pueblo estaba disgustado y alarmado por el peligro evidente que amenazaba á todo el reino con el engrandecimiento del rey de Francia; declaró que en interés del rey y de la seguridad del

(1) MIGNET, *Negociaciones*, t. IV, p. 42 y 345.

país era necesario hacer alianzas para socorrer á los Países-Bajos.» Los municipios, tan avaros del dinero de la nación cuando se trataba de las prodigalidades del rey, ofrecieron espontáneamente subsidios á Cárlos II, si quería declararse por la república. Un orador exclamó, entre los aplausos de la Cámara entera, «que para semejante guerra los Ingleses estaban dispuestos á darlo todo, hasta su última camisa» (1).

¿Qué hizo el rey de Inglaterra ante tal unanimidad de deseos de la nación? Persistió en su política personal, si puede llamarse política una baja condescendencia con las voluntades de Luis XIV, con objeto de obtener de él dinero para sus placeres. Ni siquiera puede decirse para excusarle que no conocía los deseos de la nación; manifestó al embajador francés «que acosado por todas partes por sus súbditos, se encontraba como una plaza sitiada que no puede defenderse.» Esto no le impidió mantener su alianza con Luis XIV y renovarla, á pesar de los clamores del Parlamento y de la nación: «Solamente Cárlos II y su hermano, dice *de Ruwigny*, defienden los intereses del rey de Francia; toda la Inglaterra se opone.» Si acabó por abandonar la alianza de un rey que pagaba tan bien, fué á su pesar; el miedo hizo lo que el honor y el interés político no habían podido hacer. Sus ministros le manifestaron que, si no cedía á las exigencias de la nación, habría una revolución general; que los oficiales de sus tropas, de su flota y hasta de su casa, dejarían de obedecerle. Cuando Cárlos II y el duque de York vieron que iban á ser abandonados hasta por sus criados, se decidieron á tratar con Holanda (2). Pero no lo hicieron más que porque se encontraban en la imposibilidad de resistir por más tiempo á la nación; en cuanto pasó el peligro de una revolución, volvieron á las malas inspiraciones del egoísmo, hasta que la revolución de 1688 puso fin al miserable régimen de la arbitrariedad real.

(1) MIGNET, *Negociaciones*, t. IV, p. 440, 443, 475.— *Cartas militares*, t. IV, p. 366.

(2) IDEM, *Negociaciones*, t. IV, p. 353, 385, 435, 520, 528.

III.

La Alemania no tenía ni opinión pública ni Parlamento; fraccionada en una multitud de pequeños Estados, sin vínculos, sin espíritu general, estaba á merced de sus pequeños príncipes, y éstos no conocían más política que la de sus pequeños intereses. Fué necesario el abuso de la fuerza, de que se hizo culpable Luis XIV, para mover al emperador y á los príncipes del imperio. Los generales de Luis XIV se portaban en Alemania como si su rey hubiera sido dueño y señor; no respetaban ninguna neutralidad, forzaban los pasos por donde les convenía, imponían contribuciones. Luis XIV trataba ya á los electores como vasallos. Habiéndose atrevido el obispo de Tréveris á abrazar el partido del emperador, el rey de Francia se apoderó de su capital, y devastó su electorado (1). ¿Cómo aquellos excesos no provocaron más pronto una coalición de todos los príncipes? A unos los contenía el temor y otros preferían los subsidios á su dignidad y á su independencia. El elector de Brandeburgo fué el primero que pensó en arrastrar al emperador y al Imperio á una gran liga contra Luis XIV. Se le debe agradecer su valerosa iniciativa; pero, para ser justos, hay que añadir que Federico Guillermo se inspiraba mucho más en el interés dinástico que en la causa de la patria alemana. Habiéndose declarado la Suecia en favor de la Francia, el elector se aprovechó de aquella falta para arrancarle la Pomerania, aquella antigua herencia de sus antepasados que la paz de Westfalia había dado á los Suecos como precio de la victoria. Federico Guillermo deseaba la Pomerania mucho más que la independencia de la Alemania; en diferentes ocasiones hizo ofrecimientos á Luis XIV para conservarla. Le hizo presente que su casa era un antiguo aliado de la Francia; que podría serle muy útil en el imperio, y que si se le cedía la Pomerania, sería un aliado tan fiel como la Suecia (2). Luis XIV no aceptó las ofer-

(1) RANKE, *Französische Geschichte*, t. III, p. 407.(2) PUFFENDORF, *de rebus gestis, Friderici Wilhelmi*, XVI, 31, 76, 77.

tas del elector. Este, abandonado por el emperador, abandonado hasta por las Provincias Unidas, á quienes había salvado de la ruina, se vió obligado á celebrar la paz y á ceder las conquistas que había hecho á los Suecos. Guardó rencor á sus aliados, y volvió al lado de la Francia.

La volubilidad del gran elector, que había iniciado la liga contra Luis XIV, prueba que aquella primera coalición no tenía bases muy sólidas. Le faltaba el alma que mantiene unidos los elementos diversos y á veces hostiles. Las Provincias Unidas no tenían ni el poder ni el prestigio necesario. La Inglaterra tenía á su frente una familia enemiga de su libertad y de su religión, y por consiguiente, aliada necesariamente de Luis XIV, áun cuando se coaligaba contra él. La Alemania se encontraba dividida y débil. Luis XIV, vencedor de la coalición, dictó las condiciones de la paz de Nimega.

§ IV.—La grande alianza.

La primera coalición, aunque vencida, hubiera debido aconsejar la moderación á Luis XIV. Era como el ruido del trueno que precede á la tempestad. La Europa, aunque muy dividida, daba á entender que no estaba dispuesta á sufrir el yugo de la Francia. Pero la ambición y el egoísmo son ciegos. Después de la paz de Nimega fué cuando Luis XIV, entregándose por completo á sus deseos de invasión, cometió verdaderas piraterías bajo forma de justicia. En su confiada presunción, no trató mejor á sus amigos que á sus enemigos; procedía como dueño de la Europa, y lo era. Las Provincias Unidas estaban debilitadas por una larga guerra, que las había puesto al borde del abismo. El rey de Inglaterra, que siempre tenía necesidad de dinero, estaba á sueldo del único príncipe que podía dárselo. La España se hallaba reducida á la última extremidad; no le quedaba de su grandeza más que la arrogancia de una casa noble reducida á la miseria. Solamente la Alemania hubiera podido resistir; nunca fué provocada con más insolencia y nunca se mostró más débil y pusilánime.